

A más lenguas, mayor conocimiento; a mayor comprensión, mejor entendimiento.

Entre estas dos posturas se desarrolla el acercamiento de Francisco Hernández a la multicultural y multilingüe realidad americana que pretende desentrañar. Cuando en 1570 llega Hernández a la América Española, en concreto, a las Antillas y a Nueva España, su ánimo, mirada y actitud ya parte de esa posición de consideración, curiosidad y respeto de aquellas lenguas que se sospechaba contenían en sí la expresión de saberes ancestrales. Allí se encontró con algo que entonces no le debió extrañar tanto en el hecho como en la forma: una gran diversidad de lenguas. Así lo expresa de modo breve pero preciso en sus Antigüedades de la Nueva España:

(...) hay otras [lenguas] en Nueva España sujetas a diferentes reglas, de las cuales quizás trataremos alguna vez si disponemos de más ratos de ocio. Apenas en verdad hay provincia a quien no haya tocado su lengua propia y peculiar, aun cuando [h]a poca distancia de las otras.

En aquel entonces, aquellas tierras de la Nueva España contenían una riqueza lingüística de alrededor de 300 lenguas distribuidas por un extenso y variado territorio. De entre estas lenguas destacaban el purépecha hablado por los indómitos michoacanos, el totónaco de la costa del Golfo, el ñañhu de los montaraces otomíes, el kaqchikel y yucateco de los descendientes de los mayas, el mixteco y el zapoteco de los pueblos homónimos de la región de Oaxaca, y el náhuatl de los pueblos del altiplano entre los que cabe señalar a los enemistados aztecas y tlaxcaltecas.

La diversidad de especies animales, vegetales y minerales de esas incommensurables tierras estaba ya nombrada y descrita en esas lenguas. En este sentido, Francisco Hernández no se comporta como el tradicional explorador colonial que se cree el primer hombre que descubre las cosas por primera vez y les da nombre. En su encuentro, identificación y clasificación reconoce la existencia de hombres que ya han formalizado todo un conocimiento de su entorno, centrandolo su investigación en describir y examinar las propiedades de los elementos y no a su nombramiento o identificación.

Reconoce por tanto todo un legado mesoamericano para el conocimiento médico que intenta poner en sin-

tonía con el del Viejo Mundo y ampliar los esquemas que éste ha ido creando desde la Antigüedad, y esto lo hace a través del lenguaje. Su acercamiento a los especialistas locales en el tratamiento de las dolencias y enfermedades, los y las titicih, médicos, curanderos y parteras, le ayudarán a conocer de primera mano un tesoro más valioso que aquellas riquezas que atrajeron a conquistadores y pobladores, la riqueza de la salud. El antecedente de la obra de fray Bernardino de Sahagún se hace aquí palpable, pues con la consulta de los materiales ya recopilados por él en ciudad de México para su Historia General de las Cosas de la Nueva España, Hernández advierte la complejidad del conocimiento ya existente y lo idóneo de un método de indagación, ya practicado por los franciscanos, donde la lengua adquiere un papel vehicular y formalizador protagonista, lo que le motiva a aprender la lengua náhuatl logrando cierta autonomía de los intérpretes.

No obstante hay que hacer un inciso. Esta actitud de escucha hacia el componente autóctono no se hace desde una relación simétrica, una paridad en la valoración mutua. No hay un acercamiento relativista. Hernández va a analizar y valorar ese conocimiento suministrado desde los patrones, esquemas y paradigmas que porta consigo. En ese sentido se advierte una especie de contradicción: da voz a sus colegas, los escucha, pero interpreta sus palabras, sus explicaciones, su conocimiento como una desviación de la ortodoxia del pensamiento galénico e hipocrático. No nos es extraño, igual estaba ocurriendo en el terreno de la religión y la teología, y es que la realidad americana en muchos puntos era tan divergente, contrapuesta y paradójica que costaba integrarla en el marco de las culturas del

Viejo Mundo. En todo caso, al menos valora que esa gente "inculta y bárbara" como la llegó a llamar, tenía cosas admirables y de provecho y, curiosamente, su lenguaje, su articulación y estructura, era en gran parte responsable de esa opinión. En sus escritos comenta esa aparente contradicción –no exenta de prejuicio– que se fue formando durante los siete años que duró su expedición en tierras novohispanas:

Parece admirable que entre gentes tan incultas y bárbaras, apenas se encuentre una palabra impuesta inconsideradamente al significado

o sin éthimo [etimología], sin que casi todas fueron adaptadas a las cosas con tanto tino y prudencia, que oído sólo el nombre, suelen llegar a las naturalezas que eran de saberse o investigar de las cosas significadas.



Página del Códice Florentino.  
Este códice, escrito en náhuatl y español